

02

HISTORIAS PARA DISFRUTAR CON LA HISTORIA

Cinco episodios transcendentales de la humanidad



Fran Zabaleta

02

HISTORIAS PARA DISFRUTAR CON
LA HISTORIA



Fran Zabaleta

*Este también es para Elena, que sabe mucho de disfrutar y más
todavía de hacer disfrutar.*

La historia es cuestión de supervivencia. Si no tuviéramos pasado, estaríamos desprovistos de la impresión que define a nuestro ser.

Robert Burns

© Fran Zabaleta, 2020

Título

02 Historias para disfrutar con la historia

Primera edición: junio 2020

Colección

Relatos con Historia 2

Imagen de portada

Mariusz Matuszewski en Pixabay

Editorial



Los libros del salvaje

Rúa Troncoso 4, 2º
36206 Vigo

ISBN: 978-84-949646-6-4

La editorial Los Libros del Salvaje defiende que el *copyright* estimula la creatividad, permite a los autores vivir dignamente de su esfuerzo y su trabajo, defiende la diversidad y es herramienta fundamental para que la cultura viva y se expanda. Por ello, te agradecemos que hayas comprado una edición autorizada de este libro y que respetes las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso expreso del autor y/o la editorial. Al hacerlo, respaldas a los creadores y permites que Los Libros del Salvaje siga publicando libros. Si deseas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, dirígete a CEDRO, el Centro Español de Derechos Reprográficos: cedro.org.

ÍNDICE

Prólogo	11
Más historias, por favor	11
Prehistoria	15
El día en que estuvimos al borde de la extinción	17
Edad Antigua	35
La herramienta que convirtió la palabra en eterna	37
Edad Media	65
El martillo que frenó al islam	67
Edad Moderna	91
De cómo un don nadie consiguió lo imposible	93
Edad Contemporánea	125
El hombre que salvó más vidas en la historia	127
Sobre mí	149
Antes de que te vayas	150

PRÓLOGO



Más historias, por favor

Tengo pocos recuerdos de mi infancia, pero uno de ellos es insistente. Me veo sentado en la sala de la casa familiar. A mi alrededor, cuatro o cinco de mis hermanos (éramos ocho, un número nada desdeñable) ríen, gritan, se pelean, protestan... La algarabía es tan tremenda como habitual. Sin embargo, yo no me entero de nada. Permanezco sentado, absorto, leyendo *Un capitán de quince años*, de Julio Verne. Un libro, por cierto, que debí de devorar siete u ocho veces, si no más, por aquellos años.

Sigo ahí, ajeno a gritos y peleas, hasta que alguien me llama insistentemente, una, dos, tres veces. Nada. Solo cuando me agarra del brazo y me menea con fuerza consigue arrancarme de la cubierta del Pilgrim en plena tormenta y llevarme de vuelta al siglo xx, a otra tormenta muy distinta.

La lectura ejercía una poderosísima fuerza sobre mí. Me pasaba la vida leyendo: en casa, andando por la calle, los fines de semana de excursiones familiares, en el colegio... También me peleaba con mis hermanos, jugaba y gritaba

como el que más, pero la lectura era mi refugio en una casa atestada.

Y era mucho más: la lectura era el barco que me llevaba a explorar el mundo. En los libros descubrí el universo entero, primero a través de relatos como los de Julio Verne y después de las historias de esos exploradores, navegantes o aventureros que fueron ampliando a golpe de machete y timón el mundo conocido. Porque, como suele pasar, al ansia devoradora de novelas pronto se sumó el deseo de conocer las vidas y hazañas reales de los personajes que desvelaron los misterios de selvas, mares y desiertos.

Con el tiempo asumí que, aunque lo soñara tantas veces de niño, no estaba hecho de la pasta de esos aventureros que se lanzaban con un sombrero y muchos arrestos por todo equipaje a explorar las más densas selvas del mundo, repletas de mosquitos, malaria, tigres enormes y otras incomodidades. Pero no me resultó duro aceptar tan amarga verdad, porque para entonces ya había comprendido que leer es una magnífica forma de vivir mil aventuras... y seguir vivo para contarlas.

No solo eso: leer es descubrir el mundo, abarcarlo entero, comprenderlo de una forma que resulta imposible sobre el terreno. Por eso, imagino, me dediqué a escribir: porque mi forma de entender las cosas pasa por la escritura, porque al escribir las piezas encajan y se explican y el mundo, este terrible y fascinante mundo en el que vivimos, cobra un poco, solo un poco, de sentido.

Hoy ya hace varias décadas que dejé de ser adolescente, pero sigo sintiendo la misma fascinación de entonces por la historia, la exploración y el avance del conocimiento humano. Por los libros, en definitiva, y las historias que desvelan.

Siempre, que recuerde, me he sentido atraído por la historia. Ni siquiera esa nefasta profesora que soporté duran-

Prólogo

te mis años de colegio, de la que te hablé en el prólogo del volumen anterior, consiguió acabar con tal atracción. Estoy convencido de que los relatos nos alimentan y moldean nuestro estar en el mundo, pero es la historia, su conocimiento, lo que nos aleja colectivamente del precipicio. Profundizar en la historia es inocularse contra la cerrilidad y el fanatismo; es disfrutar de una hermosa vista de pájaro sobre esos miles de años durante los cuales el *Homo sapiens* ha vivido sobre la tierra; es viajar a pueblos lejanos y a tiempos olvidados, comprender al ser humano y darse cuenta de todo lo que nos une.

Por todo esto, y por muchas razones similares, escribo estas historias. Porque me pasa lo mismo que te sucede a ti cuando lees un libro, ves una película o escuchas una canción que te atrapa, que te revuelve, que te da la vuelta: que necesitas compartirlo. Necesitas transmitir esa fascinación. Por eso devoro libros, historias y hechos pasados y por eso no puedo evitar darles vueltas en mi cabeza, marearlos, ordenarlos y echarlos fuera en forma de relatos... o algo parecido.

Me encantaría que su lectura te transmitiera una fracción de la atracción que la historia ejerce sobre mí. Si, además, este nuevo volumen de pequeñas historias sobre grandes momentos te ayuda, de alguna forma, a entender mejor el mundo que nos rodea, a encajar las piezas del gran puzzle de la historia, ya no podré pedir más. Salvo una cosa: que su lectura te lleve a descubrir otras lecturas, otras historias.

Porque, ¿qué sería de nosotros, como individuos y como sociedad, sin historias?

Más historias, por favor.

PREHISTORIA





El día en que estuvimos al borde de la extinción

Noc despierta en mitad de la noche con el corazón retumbando con fuerza en su pecho. Se incorpora, sobresaltado. El sudor le empapa la piel. Respira hondo, tratando de tranquilizarse. Alrededor distingue los bultos dormidos de los miembros del clan. Escucha el familiar coro de ronquidos y respiraciones pesadas. Las llamas de la hoguera emiten un suave resplandor que no puede competir con la luz intensa de la luna, que estos días está gorda y redonda. Más allá del círculo del campamento localiza a Du y a Cort haciendo guardia, ambos con un bifaz en la mano, listos para repeler cualquier agresión. Cada noche, los machos jóvenes se turnan para proteger al grupo.

No lo ha despertado ningún peligro inminente. No, no se trata de eso. Lleva días inquieto, no sabe por qué. Algo lo ronda como un soplo gélido en la nuca.

Siempre fue muy perceptivo, mucho más que los otros. Cuando era joven, los otros machos se burlaban de él porque era más enclenque y porque muchas veces se queda-

ba en trance, sin hacer nada durante horas, tan quieto que los demás decían que estaba conversando con los espíritus de los antepasados.

En una ocasión, al salir de uno de esos trances sintió un impulso incontrollable. Tuvo la certeza de que si se quedaban donde estaban, en la ribera de un río, algo malo iba a sucederles, y de alguna forma consiguió convencer a los demás para moverse a otro emplazamiento. Apenas habían empezado a alejarse cuando oyeron un fuerte retumbo, como el rugido de una manada de búfalos en desbandada. Unos instantes después, una tromba de agua bajó por el estrecho cauce cargada con rocas, troncos de árboles y animales muertos. Si se hubieran quedado en donde estaban, todo el clan habría sido arrastrado por las aguas.

Desde ese día ya no se ríen de él ni se preocupan porque sea enclenque. Noc es muy hábil con las manos, así que compensa su falta de fuerza tallando herramientas de piedra, madera o hueso. Y cuando advierte de un peligro, todos le hacen caso. Eso lo agrada, pero también supone una gran responsabilidad.

Se levanta con movimientos torpes y sortea los cuerpos dormidos. Saluda con un gesto de cabeza a Du y se aleja. No mucho, pues la noche es siempre peligrosa. En la oscuridad acechan leopardos, hienas y leones en busca de presas. El fuego los mantiene a salvo, pero Noc sabe demasiado bien que basta alejarse unos pasos para acabar entre las fauces de un felino. A veces ni siquiera hace falta alejarse: cuando el hambre aprieta, las fieras más osadas se internan a la desesperada para atrapar a un niño imprudente o un bebé dormido. La vida y la muerte se rondan, siempre al acecho. La vida y la muerte se alimentan mutuamente.

Se sienta en una roca desde la que puede ver el campamento. El sudor se le ha enfriado sobre la piel y le provo-

ca un estremecimiento, pero hace caso omiso de él. Está habituado al frío. Alza la cabeza y contempla el gran vacío, la inmensidad ciega del firmamento.

¿Qué está pasando, por qué percibe esta inquietud?

El gran vacío. La oscuridad. Sus pupilas se abren, absorbiendo la escasa luz. Siente una pulsión poderosa en el pecho que lo impulsa hacia arriba, hacia ese espacio sin límites. Siempre la ha sentido. ¿Qué serán esas luces que cuelgan sobre sus cabezas? Algunos dicen que son los fuegos de los campamentos de los antepasados. Pero, en ese caso, ¿cómo pueden estar sobre sus cabezas sin caerse?

El universo lo sobrepasa, lo aplasta, lo asombra hasta dejarlo mudo. Se hace preguntas, siempre está haciéndose hace preguntas, pero nunca obtiene respuestas.

Lleva un buen rato absorto cuando algo cambia. Algo tan inusual que, por un largo momento, duda de sus sentidos.

Las luces van desapareciendo. Una tras otra, como si una ráfaga de viento helado apagara los fuegos del gran vacío. De un extremo a otro. Incluso la luz de la más grande, que hoy parece una gacela preñada, se va debilitando hasta desaparecer.

Se levanta, asombrado, traspasado por una intensa premonición de desastre. Sus ojos abiertos al máximo observan la oscuridad.

¿Qué pasa? ¿Qué está pasando en el gran vacío?

~

Es muy posible que te reconozcas en Noc, o al menos que te sientas identificado con su asombro ante un cielo estrellado y con su sed de saber, con su curiosidad. Y lo es porque esas dos características forman parte de lo que nos identifica como seres humanos: tanto Noc como nosotros somos *Homo*

sapiens sapiens. Nos separan setenta mil años, que se dice pronto, y una inmensidad tecnológica, pero somos en esencia los mismos: tenemos una capacidad craneal similar, en torno a los 1500-1600 cm³; una mandíbula más corta y los dientes más pequeños que nuestros antepasados *habilis*, *erectus* y *sapiens*; los ojos más centrados y con mayor capacidad para percibir los colores y las distancias; menos vello corporal y una altura media aproximada, en torno a los 1,60 o 1,70 metros; y también nuestra base alimenticia es similar.

Noc y los suyos conocían y dominaban el fuego y fabricaban herramientas, todavía de piedra, básicas pero muy efectivas. Sus vidas eran muy precarias: formaban clanes de cuarenta o cincuenta individuos que se desplazaban, nómadas, siguiendo las migraciones estacionales de los animales que cazaban o la maduración de los frutos que recolectaban. Les tocó vivir en una mala época: justo cuando estaba comenzando el último período frío de la glaciación Würm. Los glaciares, que durante unos pocos miles de años habían retrocedido, volvían a extender sus zarpas por buena parte del hemisferio septentrional y amplias zonas del meridional. En las zonas donde el hielo no alcanzaba, igualmente se iba imponiendo un tiempo cada vez más frío, un paisaje de tundra, pantanos y vientos helados.

En estas circunstancias, la vida no era fácil, ni mucho menos, para el *Homo sapiens sapiens*. Por mucho nombre rimbombante que hoy le pongamos a la especie, lo cierto es que solo era un mamífero más entre los cientos de mamíferos que poblaban África, y distaba mucho de ser el más capacitado o el mejor preparado para ganar la carrera de la evolución. No era sino un animal entre animales. Si le contáramos a un león o a un elefante de entonces que ese endeble mamífero bípedo iba a ser su peor pesadilla en el futuro, lo más probable es que nos largaran un zarpazo o un trompazo de puro desdén.

Un animal entre animales... salvo por una diferencia que aparece justo ahora, hace unos 70 000 años, por algún motivo que se desconoce, aunque se sospecha de una mutación aleatoria: ese animal comienza a utilizar un lenguaje cada vez más elaborado, que le va a permitir expresarse con precisión y elaborar ideas complejas. Esa capacidad de expresión y, sobre todo, las ideas complejas que gracias al lenguaje fueron capaces de desarrollar y transmitir, convirtieron a Noc y los suyos en lo que ahora somos: la especie dominadora del planeta.

Que fuera para bien o para mal es otra cuestión.

~

Por la mañana, la oscuridad no se disipa: solo se vislumbra una tenue claridad por el este, apenas suficiente para distinguir las formas a unos pasos de distancia. El firmamento permanece cubierto por una densa capa de nubes sucias, de un gris oscuro, de las que se desprende una lluvia de cenizas que lo cubre todo.

La inquietud se extiende como una nube de mosquitos entre los miembros del clan. Machos y hembras observan el cielo, se huelen la piel, se llevan la ceniza a la boca.

Y lo miran. Noc se percata de sus miradas y escucha sus murmullos, pero permanece apartado del grupo. No sabe qué pensar. Por más que se devana los sesos, no acaba de comprenderlo. Tiene ya treinta primaveras, una edad muy considerable, se halla en plena madurez, pero nunca ha visto nada igual. Nadie ha visto nunca nada igual en el clan.

Las horas pasan y nada cambia. No se hace de día. Poco a poco, sin embargo, la inquietud y el temor van atenuándose. Una vez que los adultos comprueban que la oscuridad y la ceniza no son un peligro inminente, siguen adelante como si tal cosa. No se preguntan por lo que sucede, nunca

lo hacen. Sencillamente, se adaptan. El mundo es un lugar sobrecogedor, tan inmenso que ni siquiera pueden concebirlo, y se limitan a sobrevivir día tras día. Puede que el cielo esté oscuro y que lluevan cenizas, pero igualmente hay que recolectar frutos y cazar. El clan está formado por unas tres docenas de individuos, entre machos, hembras y criaturas. Necesitan comer.

A media mañana todos están inmersos en sus tareas. Esta temporada ocupan un buen emplazamiento, la ribera de un río caudaloso que suele proporcionarles un buen número de presas. Los ríos son siempre sus lugares preferidos para establecerse: todos los animales, ellos los primeros, necesitan beber. Además, las riberas de los ríos son zonas en las que abunda la vegetación y en las que se pueden recolectar frutos.

Claro que, precisamente por eso, también son lugares muy peligrosos: por ellos rondan los depredadores en busca de presas. Por eso es necesario mantenerse siempre alerta, para advertir a tiempo la aproximación de leones, leopardos, hienas... o miembros de otros clanes en busca de alimento, hembras o un emplazamiento mejor para los suyos.

Noc pasa el día sumido en sus pensamientos, atravesado por una inquietud cada vez mayor, mientras se ocupa en la talla de unos raspadores para curtir pieles. La estación fría se acerca y el clan ha aumentado de número, así que necesitan más pieles.

Sin embargo, no consigue concentrarse en la tarea. Una y otra vez se levanta, escruta la penumbra que se ha apoderado del mundo y se pregunta qué sucede.

Mucho después, más o menos cuando debería estar comenzando a oscurecer, oye un clamor de voces alegres. Sorprendido, ve que se acercan los cazadores. Ha sido una buena jornada de caza: han conseguido matar dos gacelas,

nada menos, a las que han sorprendido gracias a la oscuridad. Uno de los machos le cuenta que los animales parecen desorientados con la ceniza y que gracias a esta, además, es muy fácil seguir las huellas.

Noc asiente. Esa noche habrá un festín. Todos están contentos.

Entonces, ¿por qué sigue inquieto?

~

Noc tenía buenos motivos para estar inquieto en ese olvidado día africano de hace 70 000 años. Para estar inquieto y para preguntarse qué estaba sucediendo. Él no lo sabía, no llegaría a saberlo en toda su vida, pero a más de nueve mil kilómetros de distancia acababa de empezar la erupción del monte Toba, en la isla de Sumatra, en Indonesia: la mayor erupción volcánica de los últimos veinticinco millones de años, con una magnitud estimada de 8 en el IEV, el Índice de Explosividad Volcánica, que va de 1 a 8. Este último valor de la escala, el 8, se corresponde con una explosión supervolcánica que se describe como «apocalíptica».

Así es: el monte Toba había desaparecido. En su lugar solo quedaba una inmensa caldera, de unos cien kilómetros de largo por treinta y cinco de ancho, que con el tiempo se ha convertido en el lago volcánico más grande del mundo. El resto, la montaña entera, fue propulsada a la atmósfera con extrema violencia. Se calcula que el volcán expulsó unos 2800 km³ de materiales que destruyeron una superficie de unos 20 000 km². Buena parte de esos materiales eran cenizas que, debido a los vientos dominantes, se desplazaron hacia el oeste, hacia África: hacia donde se encontraba Noc contemplando el firmamento. El volcán también expulsó unas 10 000 toneladas de ácido sulfuroso y otras 6000 de dióxido de azufre, que cambiaron radicalmente la vida de Noc y los suyos.

Y, de paso, la de todos los *Homo sapiens sapiens* del planeta.

La del Toba no fue solo la mayor erupción jamás conocida, también fue la mayor catástrofe natural ocurrida durante la existencia del *Homo sapiens sapiens*. Se estima que su fuerza destructiva fue de unos 72 000 megatonnes, esto es, ¡cinco millones de veces la potencia de la bomba atómica de Hiroshima!

La erupción en sí duró unas dos semanas, durante las cuales la ceniza y los gases de azufre emitidos bloquearon la luz solar entre un 25% y un 90%, dependiendo de las zonas. Las consecuencia se prolongaron mucho más tiempo: se produjo un invierno volcánico, una disminución de la temperatura global promedio de unos 3 o 3,5 °C, que duró seis o siete años. Y, de paso, supuso el inicio de una nueva glaciación.

Solo para que te hagas una idea: en 1815, una erupción cien veces menor, la del monte Tambora, también en Indonesia, provocó el «año sin verano» de 1816, que impidió el crecimiento de las cosechas en la mayor parte de Europa, Asia o América, desató la hambruna y provocó grandes desplazamientos de población en todo el mundo.

La erupción del Toba tuvo un impacto muchísimo mayor. Causó sequías e incendios forestales, y la expulsión a la atmósfera de cientos de toneladas de ácido sulfúrico provocaron las peores lluvias ácidas de las que se tenga constancia en nuestro planeta. La consecuencia fue la muerte masiva de la vegetación en todos los continentes y la extinción de miles de especies vegetales y animales.

Los seres humanos no fueron una excepción. Noc y los suyos también estuvieron, estuvimos, a un paso de la extinción...

~

El mundo es gris. Gris ceniza, tierra desnuda, desolación. Ya nada es como solía ser. El clan vaga por páramos yermos sin saber qué hacer, cada vez más desesperado. De nada vale consultar a los ancianos, pues nadie ha vivido nunca algo semejante. De nada sirve recorrer los lugares donde antes había frutos para recolectar. Con la caza pasa lo mismo: los primeros días los animales vagaban desorientados y la tribu iba de festín en festín, pero la abundancia pronto se acabó.

Hace frío, ahora siempre hace frío. Un viento gélido azota la llanura y penetra las pieles más espesas. Este ciclo no ha llegado la renovación, las plantas no han florecido y los árboles son esqueletos desnudos. Tampoco ha habido días de calor ni frutos maduros. Las pocas presas que quedan, como las gacelas o los antílopes, se mueren de hambre o están tan delgadas que apenas proporcionan grasa.

Noc está muy débil. Tiene hambre, como todos en el clan. Hace demasiado tiempo que no come más que pellejos. Ha roído huesos hasta que se le empezaron a caer los dientes. Muchos tienen las encías hinchadas y se les caen los dientes como a él. Las peleas por el alimento son cada vez más frecuentes. Machos y hembras que antes cuidaban de sus criaturas ahora se niegan a compartir el magro botín que consiguen. El ambiente está crispado. Muchos le miran. Esperan. Exigen en silencio.

Puede ver la decepción en sus rostros. Y el miedo.

No se lo reprocha. Unos días antes, durante la oscuridad, los atacaron. Los ataques no son infrecuentes entre clanes, suelen producirse para apoderarse de una zona rica en frutos o en caza o para quedarse con las hembras de un clan rival.

Pero este ataque ha sido distinto. Se acercaron aprovechando la oscuridad, mataron a los centinelas y se apo-

deraron de tres criaturas y dos hembras, las más rollizas y sanas. Dos días después encontraron los restos de una gran hoguera: los atacantes se habían dado un festín. Se habían comido a las criaturas y a las hembras.

Noc intuye que la situación va a ponerse peor. Sabe que las plantas no van a florecer de un día para otro y que a medida que el hambre se haga más intensa ya no serán los de otros clanes los que rapten mujeres para comérselas, serán sus propios machos quienes lo hagan. El hambre es ciega. Contempla las caras del clan y lo único que ve es abatimiento. Hambre. Miedo.

No hay esperanza. ¿Qué van a hacer sin esperanza?

~

La erupción del Toba provocó una mortandad masiva de animales y vegetales, y los seres humanos no se libraron de sus devastadores efectos. El antropólogo y profesor de la Universidad de Illinois Stanley Ambrose calcula que, en unos pocos años, el número de parejas reproductoras de *Homo sapiens sapiens* se redujo a un total de entre mil y diez mil.

Diez mil parejas en edad de reproducirse, como máximo. Es lo que se denomina un «cuello de botella poblacional»: un descenso tan brusco de la población que provoca una reducción potencialmente letal de la variedad genética de la especie. En ese momento, estuvimos colgando del precipicio, al borde de la extinción.

El análisis comparado del ADN de las mitocondrias (unos orgánulos que producen la energía de la que se alimenta cada célula de nuestro cuerpo) en humanos actuales de todo el mundo ha permitido rastrear el recorrido realizado por los *Homo sapiens sapiens* desde sus orígenes. Los resultados son contundentes: la diversidad genética de la

población africana es muy superior a la de cualquier otro continente, lo que indica de forma bastante clara que procedemos de África. Específicamente, del sur de África, muy cerca de donde vivieron Noc y los suyos.

Antes de la erupción del Toba el ser humano ya había comenzado a expandirse por otros continentes, pero Toba lo frenó todo. Provocó la desaparición de las poblaciones humanas en todo el planeta... menos en el sur de África y, quizá, en algún otro perdido rincón, como la India. Pero fue en África donde se concentraron los supervivientes de la mayor catástrofe natural jamás vista por nuestros ojos. Unos pocos se salvaron. Muy pocos, aunque los suficientes para volver a empezar. Y, con el tiempo, para volver a expandirse, lentamente, por todo el planeta.

Pero, ¿cómo lo consiguieron? ¿Cómo se salvaron y, de paso, cómo nos salvaron a todos?

~

La noche es oscuridad. Noc contempla el gran vacío. Noc busca. Se pregunta. Anhela saber.

El clan está muy debilitado. El hambre es feroz, un agujero en las tripas. Ya han empezado los primeros casos de enfrentamientos. Por todas partes es igual: el mundo se muere. No queda esperanza.

Sin embargo, Noc sigue preguntándose. Buscando respuestas. Contemplando el gran vacío. No puede darse por vencido, todavía no.

Esa noche, repentinamente, algo llama su atención. Una luz poderosa estalla en el cielo. Un fulgor intenso recorre el firmamento como una gigantesca luciérnaga celestial.

El asombro hace que se le escape una exclamación. Se pone en pie, muy agitado, gritando a todos para que despierten, para que contemplen aquella serpiente de luz.

No sabe qué es, pero todo su ser grita que aquello es algo importante.

A su alrededor se abren las bocas y los ojos. De la noche brotan alaridos de temor, pero Noc apenas es consciente de otra cosa que lo que perciben sus ojos en el cielo. De la luz. Del rastro de fuego. Del temblor que lo invade, que lo sacude como un árbol zarandeado por un elefante.

No aparta los ojos del gran vacío hasta que la luz, finalmente, desaparece.

Ni siquiera así. Durante largo rato permanece inmóvil, la cabeza vuelta hacia el lugar por el que se ha ido la luz. Es la dirección en la que se encuentra el agua que no se puede beber.

Entonces, como si le alcanzara un rayo, la luz traspasa sus ojos. Se mete en su cabeza, ilumina hasta el último rincón de su ser. Cae de rodillas, asombrado más allá de las palabras, profundamente turbado. Está muy débil, al borde de la inanición, pero una ráfaga de energía le inunda y traspasa su cuerpo entero.

Lo comprende todo. Lo acaba de comprender todo.

En algún momento, mucho después, alguien lo toca en el brazo. Le cuesta salir de sus pensamientos, como si lo arrancaran de la cercanía del fuego en una noche gélida.

Echa un vistazo alrededor. Los supervivientes del clan lo rodean, lo observan con ojos de asombro, con preguntas mudas en sus semblantes.

Noc sonríe. Ya sabe la respuesta. Sabe qué han de hacer. Ha encontrado la esperanza.

—Hemos de ponernos en marcha —dice. Su voz rota levanta murmullos.

—¿Adónde iremos? No hay comida en ninguna parte. No tenemos fuerzas para caminar —interviene una hembra de edad madura.

Noc señala el lugar por el que desapareció la luz.

—Hacia el agua que no se puede beber.

La hembra objeta:

—Allí no hay nada. ¿Por qué hemos de ir?

Noc no se altera. Lo inunda una intensa paz que ilumina su rostro y dibuja una sonrisa en su rostro demacrado. Nunca se ha sentido más seguro de nada.

—El Espíritu del Gran Vacío así lo quiere —señala el firmamento, el lugar por el que apareció la luz—. Él nos guiará. Él nos protegerá.

La idea es tan asombrosa, tan magnífica. Reluce como un capullo que se abre al amanecer envuelto en el rocío. Brilla como el mismo sol.

El Espíritu del Gran Vacío.

El Ser Supremo. Un espíritu todopoderoso que se preocupa por sus criaturas. Por cada una de sus criaturas. Su protector en un mundo brutal.

Sí, han encontrado la esperanza.

Noc observa los rostros de los que le rodean. Los ve elevar sus miradas mientras la comprensión va poco a poco abriéndose paso en sus mentes. Ve los ojos que se iluminan. Las sonrisas, que brotan como hojas tiernas. Ve la energía que recorre el grupo, la esperanza que va calentando los corazones.

El Espíritu del Gran Vacío los guiará.

~

Hace unos 70 000 años, justo cuando se produjo la catástrofe del Toba, se estaba produciendo otro fenómeno de gran importancia para la especie humana, posiblemente el hecho más trascendental de nuestra existencia: el *Homo sapiens sapiens* estaba desarrollando el lenguaje complejo. El proceso lo expone de forma tan brillante como amena el

profesor Yuval Noah Harari en su imprescindible *Sapiens*, que te recomiendo encarecidamente que leas.

Hasta ese momento, el ser humano se comunicaba con sus semejantes de la misma forma que otros animales con los miembros de sus propias especies: mediante una combinación de sonidos, gruñidos y gestos más o menos definidos que permitían un muy reducido número de mensajes. Sin embargo, en un período de tiempo relativamente corto, esto cambió: empezamos a utilizar lenguajes cada vez más complejos y, como consecuencia, a desarrollar ideas cada vez más elaboradas. Fue una verdadera revolución, la primera y más importante de las experimentadas por nuestra especie: la revolución cognitiva.

No sabemos por qué se produjo. Se cree que la clave fue una simple mutación genética accidental que cambió las conexiones entre las neuronas en el cerebro de los *sapiens*, una mutación tan exitosa que pronto terminó imponiéndose. Lo que sí sabemos es que la revolución cognitiva transformó el mundo de forma radical: le dio la ventaja competitiva definitiva al ser humano en la carrera de la evolución.

El lenguaje permitió transmitir información sobre el mundo con gran precisión, algo clave para conseguir sobrevivir, pero, y esto es mucho más importante, permitió también transmitir información sobre lo que no existe: sobre lo que imaginamos. El lenguaje permite hablar de lo que no se ve y compartir ideas, intuiciones, ficciones, creencias. Permite crear dioses y atribuirles poderes, como hace Noc en el relato.

No se trata de unas capacidades secundarias. Muy al contrario, las ficciones o, por decirlo de forma más suave, las creencias compartidas, son la clave de la cooperación humana. Creer en un mismo dios permite que dos individuos que no se conozcan entre sí cooperen, porque ambos com-

parten un objetivo en común. Creer en el dinero (otra famosa ficción, o, si lo prefieres, otra invención) permite que dos personas intercambien objetos. Creer en la existencia de la nación (cualquier nación, qué más da) nos otorga un sentido de pertenencia al grupo y nos predispone a colaborar con los demás... siempre que sean de la misma nación. Las leyes, ¿qué son, sino ficciones compartidas por todos los miembros del mismo país? El lenguaje complejo puso en marcha la revolución cognitiva, y esta nos permitió colaborar con muchísima más gente que con los cincuenta, cien o ciento cincuenta individuos que antes alcanzábamos a conocer en toda nuestra vida.

Esa colaboración es la clave de nuestro triunfo colectivo como especie. Para el profesor Harari, la insólita capacidad para inventar ficciones y, sobre todo, para transformarlas en mitos compartidos por miles e incluso millones de personas es la pieza fundamental que explica por qué «un simio insignificante» se convirtió en «el amo del planeta».

La revolución cognitiva, que coincidió más o menos con la catástrofe del Toba, hizo posible la aparición de lenguajes, creencias, culturas, mitos.

Fue el lenguaje el que inventó a los dioses. Y el mismo lenguaje me ha permitido inventarme a Noc y a su clan y situarlos en un mundo desaparecido hace setenta mil años.

Evidentemente, es todo pura ficción, pero en algún momento, o probablemente en muchos momentos a lo largo de la historia, un *Homo sapiens sapiens* contempló el universo y se preguntó, como Noc, por su sentido, o trató de explicarse mil porqués: por qué entraba en erupción ese volcán, por qué no había caza, por qué el Sol se alzaba cada mañana.

Las preguntas siempre buscan respuestas, y los dioses fueron las primeras respuestas.

Quién sabe. Quizá hubo un Noc que, ante una catástrofe como la del Toba, consiguió unir a los suyos y llenarlos de esperanza con la idea de un dios protector, y consiguió de esa forma hacerlos colaborar en vez de enfrentarse entre sí.



¿Sabías que...?

- ☞ La erupción del Toba tuvo consecuencias tremendas. Aunque la disminución media de las temperaturas fue de solo 3 o 3,5 °C, en las zonas más cercanas a los polos esta disminución alcanzó los 15 °C, lo que supone una temperatura media más fría que el máximo glacial de Würm o, lo que es lo mismo, las temperaturas más bajas de los últimos cien mil años. Frío, además, acompañado de una terrible sequía global. Y esta situación se prolongó durante ¡unos mil años! Las cenizas permanecieron en suspensión en la atmósfera durante unos doscientos años. Los análisis de polen muestran que el sudeste asiático quedó cubierto por una capa de cenizas de unos quince centímetros de grosor.
- ☞ Sin embargo, la catástrofe del Toba no fue completa. Los más recientes estudios arqueológicos demuestran que en algunas zonas de Sudáfrica, en torno a Pinnacle Point, la vida de nuestros antepasados no sufrió apenas alteración, o al menos ninguna alteración que haya dejado huellas arqueológicas. La clave parece hallarse en la abundancia de marisco, altamente nutritivo y mucho menos susceptible de sufrir los efectos devastadores de la erupción que las plantas y los animales terrestres. Las poblaciones que vivían en la costa, o las que se dirigieron a la costa tras la catástrofe, consiguieron salvarse. Lo que ya no sabemos es si Noc y los suyos, con la ayuda del Espíritu del Gran Vacío, consiguieron llegar...

- ☞ Tras la catástrofe del Toba, superados los terribles efectos de la erupción y sus consecuencias en los siglos posteriores, los seres humanos reiniciaron su expansión en busca de zonas con mejores condiciones. En primer lugar se dirigieron hacia el norte de África. Desde ahí, tras atravesar Arabia, un grupo alcanzó Europa y otro se fue extendiendo por Asia, dividiéndose durante este largo camino en subgrupos que fueron ocupando diversas zonas: unos se dirigieron a Australia, a la que arribaron hace unos cincuenta mil años, y se convirtieron en los antecesores de los actuales aborígenes australianos; otros colonizaron China, Corea, Japón y de ahí saltaron a América.

- ☞ La revolución cognitiva, que coincidió en el tiempo con la erupción del Toba, fue el punto de arranque de la humanidad, el momento en que los *Homo sapiens sapiens* dejaron de depender de la biología y entraron en la historia. El momento en que nos convertimos en humanos, en definitiva. Hasta la revolución cognitiva, todo cuanto hacían nuestros antepasados se explica por las leyes de la biología, igual que se explican los actos de los leones o las margaritas, por poner dos ejemplos. Tras la revolución cognitiva, el hombre empezó a explicarse a sí mismo: la historia, real o inventada, la narración de la historia, sustituyó a la biología. Nuestros genes y las condiciones que hacen posible nuestra vida no permiten explicar el desarrollo y la expansión del Imperio romano o la existencia de multinacionales. Para entender su existencia hay que recurrir a las ideas y las ficciones. Y estas surgieron, como los dioses, como consecuencia directa de la revolución cognitiva.

EDAD ANTIGUA





La herramienta que convirtió la palabra en eterna

Lo despiertan los sonidos familiares de la ciudad que comienza a desperezarse más allá de la ventana. Udul abre los ojos y se estira perezosamente, sin levantarse todavía del jergón de paja sobre el que descansa. Le gusta ese momento de la mañana, cuando el aire es todavía fresco y la jornada se extiende ante él repleta de promesas.

Hasta que le viene el recuerdo de Etana, su maestro. Su mera imagen basta para amargarle el despertar. Enfadado consigo mismo, aparta al monje de su cabeza. No quiere pensar en él, todavía no. Se incorpora y, apoyado contra la pared, se concentra en la oración que todas las mañanas dirige a Nisaba, la patrona de la ciudad, la diosa de la fertilidad y la sabiduría. «¡Señora coloreada como las estrellas del cielo, Nisaba, gran vaca salvaje nacida de Uras, mi señora, la más poderosa, dame entendimiento para servirte en este nuevo día!».

Tras la oración permanece remoloneando unos instantes más en el jergón. Sus ojos pasean por la estancia, de